

## El Canto de la Patria en Leopoldo Lugones

Lugones por su excelencia personal se abre como una ventana a través de la realidad de lo argentino.

Leopoldo Lugones, nuestro poeta máximo, no puede dividirse en Leopoldo Lugones hombre y Leopoldo Lugones poeta. No ha habido dos Lugones según pretenden algunos. Lugones es el único, el integral, el irremplazable. Es necesario mostrarlo en su esencia y en su inspiración creadora, del mismo modo que él proclamaba la belleza de los Andes:

"Llévadles a los niños que la vean  
Haced que se ennoblezcan de montaña  
Yo que soy montañés sé lo que vale  
La amistad de la piedra para el alma."

Si algo encarna la potencia, la belleza interior, la grandeza de este poeta es la montaña. El lo dijo una vez al hablar de Sarmiento, sin presentir quizá que estaba dando su propia definición. Pero Lugones no es la montaña imponente, pedregosa y arisca de Cuyo, sino su sierra la de Córdoba, montaña color de heliotropo que él ha cantado maravillosamente.

La Argentina cupo toda en sus versos como que él era eco de ella.

"En la Villa de María del Río Seco  
al pie del cerro del romero nací  
y esto es todo cuanto diré de mí  
porque no soy más que un eco  
del canto natal que traigo aquí.

Al pie de un cerro en la villa de la provincia cordobesa, en 1874, había nacido el gran poeta. Su canto se derramó en la ciudad tentacular y cosmopolita. En los cafés, en los cenáculos de poetas y escritores, Lugones volcó su frescura matinal, sus piedras brillantes, su cielo transparente. Cuando llegó a Buenos Aires contaba apenas 22 años. Era rojo liberal; vino con una carta de recomendación que enviaba D. Carlos Romagosa para Mariano de Vedia. Allí se hablaba de las ideas incendiarias del joven. Desde entonces toda su vida será una búsqueda afanosa de verdad. De su primera posición liberal ideológica pasará Lugones en la madurez a la práctica consciente del catolicismo. El hombre halló a Dios así como el poeta de las primeras cabriolas, salpicado de influencia extraña pasó luego a su tema único: La Argentina. Con excepción de sus tres primeros libros escritos en plena atmósfera francesa, "Las montañas del oro", "Crepúsculos del jardín" y "Lunario sentimental", descubre su veta que no abandonará ya más. Sus temas fundamentales, patria y hogar tiñen de tonalidad celeste y blanca toda la obra poética.

Aquel canto natal era el canto de la patria; Lugones lo redescubrió después de haber ambulado con un ansia indefinible de saber en la poesía francesa; después de haberse empapado de cosmopolitismo, de luces artificiales, aquel muchacho nacido en la paz provinciana halla el canto que irá derramando gota a gota en su labor de artífice.

Canto de la tierra útil que vegeta las plantas  
Palpitada de pasos, resonante de llantas.  
Generosa en las minas, regalada en los huertos.  
Amada por los vivos, piadosa con los muertos.  
Satisfecha en la ubre próspera de la vaca  
Y florida en mi amable maceta de albahaca.

Aquel canto natal era el canto de la patria. Lo sintió Lugones en su amanecer, cuando las campanas tocaban el centenario del 25 de mayo y entonces toda aquella poesía funambulesca y saltimbanqui de sonetos raros a la luna y jardines crepusculares se ha de ir diluyendo en sombras. Lugones siente en 1910 el espoleo de su ansia de belleza. Se hace gran poeta. Es el canto natal que va a limar con su música el aire porteño. Odas seculares, odas a la tierra, a los ganados y a las mieses, a los Andes, al Plata; toda la patria cupo en ese libro.

Patria digo, y los versos de la oda  
como aclamantes brazos paralelos  
te levantan ilustre única y toda  
en unanimidad de almas y cielo.

El sentimiento de la Argentina palpita en esa rama de odas frescas cinceladas reciamente con robustez de mármol.

Cada vez que se nos crucen ante los ojos los primeros versos con que inicia sus cánticos al centenario de la patria, nos ha de parecer verlo "con su ademán largo y seguro" brindándonos oro de mies.

Como el preludio de una melodía que se va repitiendo en motivo a través de la obra artística, así el canto natal de Lugones, el sentimiento de su grande Argentina va planteando los versos.

#### LOS PROCERES.

No sólo es el contorno físico lo que lo inspira; no sólo el paisaje enciende viva en su alma la llama del patriotismo. El siente la fuerza de los próceres, los siente como corazones abnegados cuyo recuerdo debe empujar a la lucha por la patria fuerte.

No se conforma Lugones con la gloria de contarlos en nuestra ascendencia histórica. Se siente grávido de responsabilidad. En el año del centenario, su voz cobra la reciedumbre del bronce. Lugones, cuando canta a los próceres, ruega, exhorta, grita, clama a las nuevas generaciones. Todos tenemos una misión de patriotas que cumplir. No podemos cruzarnos de brazos. No debemos sentarnos a la vera del camino creyendo que todo está hecho ya.

La palabra argentina, la palabra patria, la palabra plata, se repiten y aparecen en cada estrofa. Concibe la patria con un sentido profundo de humanidad y amor.

"Aquellos grandes hombres con dignidad severa  
que es la lección más alta de su ilustre carrera  
en la bella y difícil conciencia del deber  
para honra de la patria, dicen cómo hay que ser."

Y más adelante:

"Mandan que en una vida de sencilla nobleza  
tengamos bien unidos corazón y cabeza."

Conocía muy bien Lugones las virtudes netamente nativas. El sentido hospitalario del gaucho, la amistad ancha a todo cielo, la sinceridad espontánea del que nada tiene que ocultar, la generosidad abierta como las manos en actitud de ofrenda. Por eso la Junta del veinticinco de Mayo de 1810 ordenó en su proclama: "Llevad hasta los últimos términos de la tierra, la persuasión de vuestra cordialidad".

Por eso también agrega que el egoísmo es perro traicionero y que no hay casa estimable cuando no tiene adentro la llama hospitalaria por amistoso centro.

Pasemos a los poemas solariegos escritos en 1928.

La voz de la sangre y del suelo está expresada aquí con renovado encanto. Era criollo de ley y como tal debía de obrar. Su criollismo provinciano tenía ese culto del coraje de sus antepasados. El se sentía eslabón en la cadena de siglos servidos a la patria por los suyos.

Nadie que tome este libro y lea esa magnífica dedicatoria a los antepasados puede dejar de sentir una emoción vibrante.

Es un canto de patriotismo sonoro y recio, a la vez sin alardes soberbios. Se explica así su amor vehemente por la Argentina. En ese suelo dejaron sus ascendientes el heroísmo y el sacrificio de sus vidas:

A Bartolomé Sandoval  
Conquistador del Perú y de la tierra  
del Tucumán, donde fué general...  
Al maestro de campo Francisco de  
Lugones  
quien combatió en los reinos del Perú  
y aquí  
donde junto con tantos bien probados  
varones  
consumaron la empresa del Valle Calchaquí.  
A Don Juan de Lugones el encomendero  
que hijo y nieto de ambos...

Al coronel don Lorenzo Lugones  
 que en el primer ejército de la patria  
 salió  
 cadete de quince años, a libertar naciones,  
 y después de haber hecho la guerra la escribió  
 y como buen soldado de aquella heroica edad  
 falleció en la pobreza pero con dignidad.  
 Que nuestra tierra quiera salvarnos del olvido  
 por estos cuatro siglos que en ella hemos servido.

No fué sólo Lugones un cazador de imágenes. No fué un rebelde tampoco por afán de sobresalir de lo mediocre. Su beligerancia está en razón directa de esa lírica ascendente que él iba enhebrando año tras año. No fué sólo un rimador y un juglar que sabía cantar. Lo sabía y muy bien pero el poeta era también el hombre con todas las virtudes patrias y los patrios defectos. Amaba sinceramente la verdad. Y no se equivoca quien sabe retroceder a tiempo y rectificarse de sus yerros.

Lugones vivió toda su vida rectificándose, afinando sus aristas. Por eso según se dijo "a fuerza de hacer bien el oficio de poeta y de patriota empezó a vislumbrar a Dios, al cual en orden natural sólo es dado ver a través y por medio de lo creado, a través y por medio de esas dos altas realidades espirituales: la Belleza y la Patria".

En sus artículos póstumos, donde su prosa se alza como espada del espíritu lanza su exclamación cristalina: "La Belleza es el esplendor de Dios en la armonía de lo creado". Para llegar a esa definición Lugones tuvo que desandar caminos errados, espinarse con el desprecio de muchos, pero ya su alma estaba presintiendo desde hacía tiempo ese esplendor de Dios en lo que nos rodea, aún en lo más humilde y oscuro.

Los poetas solariegos van señalando un amanecer luminoso pleno de savia criolla: "Los Romances del Río Seco", romances de su pueblo con sabor a consejo y a leyenda y un hálito tibio de cuna argentina.

Han sido considerados como la mejor de las creaciones de Lugones (2). Allí culmina su arte, se hace sencillez, descarnado de barroquismo. Libro póstumo que cuelga de su obra criolla como un racimo fresco donde está contenida casi toda la patria vieja con sus costumbres y maneras. En los cantares romancesados va tornasolando lo familiar, lo hogareño, lo campestre y hasta lo heroico. Es un payador, el que habla, descendiente de Martín Fierro.

Con Carlos Obligado reconocemos que "aquella asombrosa información de un poeta de nuestros días en asuntos de la añeja vida criolla sólo fué posible —mediando ser él quien era— y por el hecho de haber nacido y haber vivido su infancia en el interior del país donde todo aquello fué perdurando a lo menos por medio siglo con relación al litoral ya cuajado de inmigrantes" (3).

Pero el canto no lo pudo sentir. Lugones presintió que algo más se cernía sobre las alas de su sueño, que había que ir más allá, más allá del arte, más allá del barro de la propia existencia. "Mas ¡ay!, dejó sin concluir su último canto que era el mejor de todos".

Canto de la buena suerte  
 en el destino bien cumplido  
 Canto de la buena suerte  
 en el descanso merecido (4).

Nos dejó D. Leopoldo Lugones, caballero patricio amigo de los nuestros un tesoro inigualable.

Como él mismo señalara al referirse a José Hernández: "Así se cumple con la civilización y con la patria, movilizandole ideas y expresiones, no escribiendo sistemáticamente en gauchó. Estudiando la tradición de la raza no para incrustarse en ella sino para describir la luz del progreso que nos revelará el ejercicio eficaz de la vida en estados paulatinamente superiores. Exaltando las virtudes familiares no por razón de orgullo egoísta sino para hacer del mejor argentino de hoy el mejor hombre de mañana."

Su don nativo lanzó destellos sobre el destino futuro de la Argentina.

Aquel canto natal era el canto de la patria, no sólo la vieja resonante de epopeya sino la nueva, ésta en la cual nosotros somos los miembros dispersos.

Petrona Domínguez.

(1) Leonardo Castellani: "Sentir la Argentina", Ed. Pladiun, 1938.

(2) Ver número de "Nosotros" dedicado al poeta.

(3) Carlos Obligado: Prólogo a "Antología poética de L. Lugones", Ed. Losada.

(4) Opus citado L. Castellani.